

Su Excelencia Mons. Giampietro Dal Toso
Presidente O.M.P.

Intervención en el Vº Congreso Americano Misionero
Santa Cruz de la Sierra, 11 de julio de 2018

Queridos hermanos:

Estoy muy agradecido de estar hoy aquí en medio de ustedes y de iniciar este Congreso Americano Misionero. Al comenzar, dejamos que las palabras del lema que nos convoca, “América en Misión: el Evangelio es Alegría”, resuene fuertemente en nuestros corazones y en nuestras mentes. Me gusta el término “Congreso” porque en latín significa “Caminar juntos”. Hemos caminado moviéndonos desde lugares diferentes. Pero todos estamos convocados, más allá de nuestra pertenencia nacional y cultural, por algo que nos une profundamente: la fe que se anuncia y se difunde a través de la misión. La misión nos une, pero para hacer unir a nosotros tantas otras personas, y que así todos puedan entonar un gran himno para la gloria de Dios. Las Obras Misionales Pontificias son felices de apoyar este gran encuentro para tener vivo el celo misionero en todo el continente americano.

De hecho, las Obras Misionales Pontificias se encuentran precisamente al servicio de la universalidad de nuestra vocación misionera. Ellas “surgieron de iniciativas carismáticas, puestas en marcha por laicos o por sacerdotes, con el fin de apoyar la actividad de los misioneros, animando e implicando directamente a sacerdotes, a consagrados y a fieles en la oración, en el ofrecimiento de sus sacrificios, en la promoción vocacional, en la caridad y en actividades concretas” (*Cooperatio missionalis* 4). Es nuestro deseo que la permanente interacción entre las Iglesias Particulares, las Conferencias Episcopales, y todas las comunidades de parroquias, comunidades educativas, movimientos, sostengan con nuestras Obras un auténtico espíritu de universalidad y reaviven

permanentemente el constante deseo de navegar mar adentro, de ir más allá de las fronteras en el corazón de todos los bautizados y de todos nuestros hermanos.

1. ¿Por qué la misión?

La misión de la Iglesia nace en la vida misma de Dios. El Padre, el Creador, que ha enviado su Hijo, ahora quiere llamarnos a ser continuadores y sus colaboradores en la misión salvífica. La dinámica misionera divina brota incesantemente de la fuente de caridad inagotable del corazón del Padre y se expresa en el envío del Hijo y del Espíritu Santo, y llega hasta nosotros para que nos pongamos a su servicio.

La misión del Hijo, Jesucristo el Señor, despoja a nuestra trayectoria personal y comunitaria de fe de todo intento pragmático que nos lleve a pensar que alcanzamos la salvación por mérito nuestro, o como fruto del trabajo que realizamos, o como premio a la conducta que llevamos. La gratuidad de la encarnación expresa incomparablemente la gratuidad de la misión divina, así lo señalan los padres conciliares, en el decreto *Ad gentes* sobre la actividad misionera de la Iglesia: ***“Dios, para establecer la paz o comunión con Él y armonizar la sociedad fraterna entre los hombres, pecadores, decretó entrar en la historia de la humanidad de un modo nuevo y definitivo enviando a su Hijo en nuestra carne para arrancar por su medio a los hombres del poder de las tinieblas y de Satanás (Cf. Col 1,13; Hch 10,38), y en Él reconciliar consigo al mundo (Cf. 2 Cor 5,19). A Él, por quien hizo el mundo, lo constituyó heredero de todo a fin de instaurarlo todo en Él (Cf. Ef 1,10)”***. (AG 3).

Es Dios quien nos alcanza, en la persona de Jesús, en quien conviven la naturaleza divina y la naturaleza humana; el Padre viene a nuestro encuentro para sanar e iluminar, para reconciliar y devolvernos nuestra condición de hijos en el Hijo. Es así que todos nuestros esfuerzos, trabajos, actitudes, deben orientarse en mirar, contemplar a Jesús, dejarnos alcanzar. El renovado encuentro con Jesucristo vivo, nuestro Salvador, nos convierte y capacita en testigos coherentes del Amor que nos salva. La primera actitud que deseo

invitarles a asumir en el inicio de este congreso, es aquella que el Papa Francisco nos sugiere: miremos a Jesús, el misionero del Padre, ***“con el corazón abierto, dejando que Él nos contemple”***, llegados de cada rincón de este continente y del mundo, levantemos nuestros corazones para contemplar el rostro del crucificado resucitado, ***¡cuánto bien nos hace dejar que Él vuelva a tocar nuestra existencia y nos lance a comunicar su vida nueva!***

La misión del Espíritu Santo realiza la obra salvífica e impulsa a la Iglesia en el constante discernimiento y la respuesta obediente al Padre al servicio de esta obra. Recientemente, el día 1 de junio, en el Vaticano, al encontrarse el Papa Francisco con los Directores Nacionales de las Obras Misionales Pontificias, al culminar la Asamblea General, nos ha planteado con claridad la necesidad imperiosa de ser dóciles, abiertos y dispuestos a la presencia y la acción del Espíritu Santo: ***“Nosotros no tenemos un producto que vender –no tiene nada que ver con el proselitismo, no tenemos un producto que vender– sino una vida que comunicar: Dios, su vida divina, su amor misericordioso, su santidad. Y es el Espíritu Santo que nos envía, nos acompaña, nos inspira: es él el autor de la misión. Es él quien conduce la Iglesia, no nosotros... Debemos hacernos esta pregunta: ¿Dejo que sea él o lo enjaulo? Él, el Espíritu Santo, hace todo, nosotros sólo somos sus siervos”*** (Discurso del Papa Francisco a las OMP, Vaticano, 1 de junio de 2018).

El Espíritu Santo ***“viene en ayuda de nuestra debilidad”*** (Rm 8,26). Conscientes de las problemáticas complejas que atravesamos a nivel cultural, social, eclesial, realidades que en el camino de preparación a la celebración de este congreso han sido analizadas por todos los presentes, propongo una segunda actitud para este tiempo: Abramos toda nuestra existencia a la fuerza del Espíritu Santo, que lleva adelante la misión.

El ardor, la creatividad, la fidelidad en la misión sólo se mantienen vivos cuando renovamos la decisión de confiar en el Espíritu Santo.

2. El contenido de la misión

La cruz es el símbolo que, bendecido por el Papa Francisco, ha caminado por sus países en estos últimos años para preparar este Congreso. Pero esto vale para cada hombre y en todo tiempo, como dice San Pablo: “Nosotros predicamos a Cristo crucificado” (*1 Cor 1,23*). Es verdad, sabemos que este Cristo crucificado también ha resucitado. Pero es Él, Cristo muerto y resucitado, el corazón de nuestra misión. La cruz que hemos llevado no es sólo un símbolo, sino una realidad viva y presente en medio de nosotros. Cristo muerto y resucitado es, al mismo tiempo, el sujeto y el objeto de nuestra misión. Es el sujeto: es Él quien nos envía. Dejando este mundo para volver al Padre (cfr. *Jn 13,1*), ha dicho, como últimas palabras: “Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo” (*Mt 28, 19*). Y es también Él el objeto de nuestra misión, porque le anunciamos a Él, el Dios hecho hombre, que ha vivido en medio de nosotros, nos ha revelado al Padre, ha muerto y resucitado para la salvación de todos, para que pudiéramos entrar en comunión de vida con Dios y con nuestros hermanos.

Este anuncio de Cristo, muerto y resucitado, es el corazón de la misión: es el *kerygma*. Dice el Papa Francisco en la *Evangelii gaudium*, la Exhortación Apostólica con la que ha delineado su pontificado: “El primer anuncio o *kerygma*, [...] debe ocupar el centro de la actividad evangelizadora y de todo intento de renovación eclesial. El *kerygma* es trinitario. Es el fuego del Espíritu que se dona en forma de lenguas y nos hace creer en Jesucristo, que con su muerte y resurrección nos revela y nos comunica la misericordia infinita del Padre. En la boca del catequista vuelve a resonar siempre el primer anuncio: «Jesucristo te ama, dio su vida para salvarte, y ahora está vivo a tu lado cada día, para iluminarte, para fortalecerte, para liberarte». Cuando a este primer anuncio se le llama «primero», eso no significa que está al comienzo y después se olvida o se reemplaza por otros contenidos que lo superan. Es el primero en un sentido cualitativo, porque es el anuncio *principal*, ese que siempre hay que volver a escuchar de diversas maneras y ese que siempre hay que volver a anunciar de una forma o de otra a lo largo de la catequesis, en todas sus etapas y momentos... Nada hay más sólido, más profundo, más seguro, más denso y más sabio que ese anuncio. Toda formación cristiana es ante todo la profundización del *kerygma* que se va haciendo carne cada vez más y mejor, que nunca deja de

iluminar la tarea catequística, y que permite comprender adecuadamente el sentido de cualquier tema que se desarrolle en la catequesis” (EG 164-165).

La misión de los Apóstoles ha comenzado con este sencillo anuncio, y así ha llegado hasta nosotros. Hoy no podemos hablar de misión sin referirnos a este núcleo de nuestra fe. Es un anuncio que quiere hacer vibrar, sobre todo, nuestros corazones, para que podamos ser capaces de hacer que vibren los corazones de los que nos escuchan, de los que encontramos. Para que así sea posible hoy participar en el misterio de Pentecostés: “Al oír esto, se les traspasó el corazón” (*Hch 2,37*). Por eso, permítanme decir que, también en nuestro Congreso, no tenemos que inventarnos nada de nuevo, sino que no podemos hacer otra cosa que volver a esta experiencia original de la Iglesia, que desde hace siglos ha encontrado la razón de su ser en este anuncio. Más bien, lo que podemos y debemos preguntarnos es: ¿cómo hacer para que resuene este anuncio, sobre todo en nosotros, hoy? Y, ¿cómo podemos hacer que resuene, tanto en quien cree como en los que esperan una palabra de salvación fuera de nuestros rediles?

Que los esfuerzos y el trabajo, la generosidad y la creatividad de tantas personas que desemboca en esta experiencia de comunión y de encuentro en el Vº Congreso Americano Misionero que celebramos, nos proyecte de forma personal y eclesial en esta perspectiva, sin dejarnos entretener y envolver por las legítimas ocupaciones y preocupaciones locales e individuales.

Efectivamente, también hoy el concepto clásico de *missio ad gentes* continúa siendo totalmente válido. Más aún, adquiere todavía una fuerza mayor porque también en territorios como Europa o América, que se precian sin embargo de una larga evangelización, son cada vez más numerosos quienes no creen o son indiferentes, o son totalmente ignorantes respecto a la fe. Esto no es necesariamente culpa suya, sino que, simplemente, ya no existen aquellas condiciones que contribuían a hacer del cristianismo una fe compartida por la mayoría. No tenemos que infravalorar la fuerza del secularismo, que consiste en vivir solamente en el horizonte del *saeculum*, es decir, del mundo, como si Dios no existiera. El secularismo se alimenta con el consumismo, y se difunde fácilmente por todas partes por medio del *web*, que no es sólo un instrumento, sino que se ha convertido en un estilo de vida, incluso en zonas tradicionalmente religiosas. La *missio ad gentes* continúa manteniendo su validez, también porque

el anuncio de Cristo no ha llegado a todos los hombres, y existen vastas regiones de la tierra donde el proceso de la *implantatio Ecclesiae* se encuentra sólo a sus inicios: la Amazonia es una de estas.

El Papa escribe que hay que profundizar continuamente en el *kerygma*, y que hay que anunciarlo también a quien ya está bautizado, pero necesita fortificar, consolidar, madurar su fe en Cristo, es decir, necesita una conversión continua. Llegar a ser cristiano no es un acto concluido de una vez para siempre, sino una maduración que acompaña toda nuestra vida. Todos necesitamos crecer en el conocimiento de Cristo, y cuando este crecimiento se detiene, quiere decir que ya no hay vida. La vida cristiana es una continua profundización de la fe, que tiene en el *kerigma* su principio. En cuanto discípulos misioneros estamos llamados a asumir personalmente este *kerigma* y hacer de él el núcleo de nuestro anuncio.

Una posterior consideración en este sentido quisiera hacerla en lo que se refiere a la fe como virtud teologal y a la fe como contenido de las cosas que creemos. En latín, se ha traducido este doble aspecto de la fe con *fides qua* y *fides quae creditur*. No se pueden oponer las dos cosas, sino que son complementarias. Si la fe como virtud, como actitud de vida, no se alimenta del contenido de la fe, se convierte en sentimentalismo. Si la fe entendida como contenido doctrinal no se alimenta con una vida de fe, se convierte en ideología. La fe como actitud describe el abandono que el creyente hace de sí mismo a Dios. La fe como contenido dice quién es ese Dios en el que creemos, quién es el Dios que se ha revelado. La revelación de la verdad de Dios se refiere no solamente a Él, sino también a la verdad sobre nuestra persona, sobre las relaciones y sobre la creación. A partir de lo que Dios ha dicho de sí mismo, de nosotros y del mundo, la Iglesia ha desarrollado en el curso de los siglos la doctrina, la *fides quae*, precisamente para elaborar una *regula fidei*, un criterio cierto para definir lo que creemos, porque nuestro deseo de conocer a Dios necesita también conocerlo por lo que es, es decir, por cómo se ha manifestado en su Hijo y no por cómo nosotros nos lo imaginamos. Es verdad que este conocimiento nunca podrá ser exhaustivo en este mundo, porque Dios escapa a criterios puramente humanos. Y sin embargo, la razón, y por eso el contenido de nuestra fe, debe acompañar nuestro acto de creer, si queremos que este acto respete plenamente al Dios que se revela y respete plenamente al hombre en

todas las dimensiones de la persona. Por eso la necesidad también de una catequesis que sea asimismo transmisión de los contenidos de la fe. Pero sobre esto volveremos más adelante. De todas las maneras, el contenido de la misión es el anuncio de Cristo muerto y resucitado, un anuncio destinado a todos, que suscita la fe como virtud y se desarrolla como conocimiento de los contenidos de la fe misma que se deducen de este anuncio.

3. Perspectivas para la misión

Nosotros nos hemos reunido aquí como discípulos misioneros, y como discípulos misioneros volvemos a nuestras diócesis. Por eso quisiera ahora ofrecer algunas perspectivas para una Iglesia misionera. Como dice el Papa Francisco, es hora de pasar de una pastoral de conservación a una pastoral misionera. Siguiendo el pensamiento del Papa formulo también algunas preguntas para que puedan ustedes reflexionar, solos o en grupo, sobre estos puntos cruciales.

- a. Precisamente a partir de la consideración de que la misión es obra de Dios, nuestra primera tarea es orar por la misión. El Papa lo ha dicho repetidamente a nuestras Obras Pontificias en estos últimos meses. El sujeto de la misión es el Espíritu Santo: por eso, el primer servicio a la misión es la oración. En nuestras comunidades cristianas, ¿existen ocasiones para orar por la misión?

- b. La misión se desarrolla a partir de la fe. A veces pensamos que sean estrategias, programas, congresos lo que resuelve el problema de la misión. No: la misión presupone la fe, y no hay misión si no alimentamos nuestra misma fe y la fe de nuestras comunidades cristianas como una relación personal con Cristo. Por tal motivo el documento de Aparecida habla de “discípulos misioneros”: es a partir de la relación personal con el Maestro que nos convertimos en anunciadores de lo que el Maestro revela. En nuestras comunidades cristianas, ¿existen experiencias concretas para profundizar la fe personal, no como una discusión, sino

como una experiencia totalizadora? ¿Se vive la vida sacramental como experiencia de comunión con Cristo muerto y resucitado?

- c. Es importante subrayar la dimensión personal, porque la misión se realiza de persona a persona, con el testimonio que atrae. Y hoy continúa siendo verdad lo que decían de los primeros cristianos: Mirad cómo se aman. Como el amor trinitario es atractivo, así el mensaje cristiano pasa por la atracción, es decir, por el testimonio de vida de personas concretas que aman. ¿Son nuestras comunidades cristianas un signo que remite al amor que Dios le tiene al hombre? ¿Son comunidades que transparentan que Cristo, el crucificado, ha resucitado? ¿Comunidades abiertas al hermano, también al más pobre y al que más sufre, para mostrar el amor que Dios tiene por el hombre? ¿Comunidades donde la fe se convierte en cultura?

- d. Y de aquí, otro aspecto: el misionero no está nunca solo, porque trabaja en la Iglesia. Por eso Jesús enviaba a los discípulos de dos en dos. El misionero debe continuar alimentándose de la vida de fe de la Iglesia, si no quiere consumirse. La experiencia de Iglesia es esencial, porque la fe es una fe recibida, nadie se la inventa por sí mismo, nadie se la da a sí mismo, sino que la recibe de la Iglesia. y en la Iglesia necesita renovarla continuamente. ¿Nos sentimos misioneros de la Iglesia y en la Iglesia? ¿Vivimos la fe de la Iglesia –la *fides qua* y la *fides quae*– como el sentido de nuestra vida?

- e. Cuando he preguntado al Papa qué tenía que decirles a ustedes, el Papa me ha dicho tres veces: catequesis, catequesis, catequesis. Y una catequesis injertada en una experiencia positiva que ya existe: la religiosidad popular, como dice *Evangelii nuntiandi*. Y esta es una experiencia histórica, si piensan que la evangelización de América ha partido desde Guadalupe. Podemos partir en muchos casos de un hecho positivo: existe una apertura a la transcendencia que asume un rostro cristiano en las peregrinaciones, en las devociones, en los santuarios. Son instrumentos que ya tenemos al alcance de la mano, una base positiva en la que injertar una catequesis cristiana que alimente la fe. ¿Cuáles son las ocasiones a nuestra disposición para desarrollar una catequesis en favor de nuestros fieles: la preparación a los sacramentos, las visitas a los

santuarios, la piedad mariana unida a una catequesis bíblica? ¿Qué uso hacemos en nuestra catequesis del Catecismo de la Iglesia Católica?

- f. Además, también en América existen ya experiencias de misión, algunas de las cuales nacidas aquí. Existen instrumentos, como los movimientos eclesiales, las nuevas comunidades, los carismas que Dios ha suscitado en su Iglesia después del Concilio Vaticano II. Son instrumentos a nuestra disposición, dados a la Iglesia para que en ella produzcan fruto. No hay que infravalorarlos, porque son ya una respuesta importante, ya probada en muchos lugares, al problema de las sectas. ¿Qué espacios tienen los nuevos movimientos eclesiales en nuestra pastoral misionera y para llegar a tantos a los que el secularismo o las sectas han alejado?

- g. Un nuevo instrumento que se nos ofrece será el Octubre misionero 2019, que el Papa ha querido para dar un nuevo impulso misionero, que muchos de nosotros ya conocemos. La Congregación para la Evangelización de los Pueblos y las Obras Misionales Pontificias están trabajando para proporcionar instrumentos para la animación de este mes misionero, que está confiado al espíritu de creatividad de los Directores Nacionales y los diocesanos junto con los respectivos Obispos. El Mes Misionero Extraordinario coincide con el Sínodo para la Amazonia, y el Papa ha insistido en que ésta es una feliz coincidencia, para que también el Sínodo reflexione sobre la dimensión misionera de la presencia de la Iglesia en Amazonia. El pasado 1 de junio, en su discurso a los Directores Nacionales de nuestras Obras, el Santo Padre afirmó: “Deseo que esta coincidencia nos ayude a fijar nuestra mirada en Jesucristo para afrontar problemas, desafíos, riquezas y pobreza; que nos ayude a renovar nuestro compromiso de servir al Evangelio para la salvación de los hombres y mujeres que viven en esas tierras”. Hemos pedido a nuestros Directores Nacionales que trabajen para que hagan llegar el Octubre misionero hasta el último fiel, para que el celo misionero readquiera fuerza. Es una ocasión única, que no podemos perder. ¿Podemos dar espacio al Octubre Misionero en nuestras Iglesias locales? ¿Cómo vivir la preparación y la celebración del Mes Misionero Extraordinario de Octubre 2019, para que nuestras Iglesias sean más abiertas a la misión del mundo? Y para quien

vive en Amazonia: ¿podemos vivir el momento especial del Sínodo como un momento para renovar el impulso misionero en Amazonia?

Queridos hermanos, quisiera concluir con una pregunta todavía más radical. Pero, en último análisis, ¿por qué debemos reforzar tanto la dimensión misionera y de manera particular la misión *ad gentes*? El Papa Francisco lo ha dicho: la *missio ad gentes* es el paradigma de la obra de la Iglesia (cfr. EG 15). ¿Buscáis una comunidad cristiana viva? ¡Es una comunidad que evangeliza! ¿Queremos una Iglesia viva? Empeñémonos en una Iglesia que evangeliza, que sacrifica algo de sí misma, personal, dinero, energías, para ir a evangelizar. San Juan Pablo II ha escrito que la fe se refuerza dándola. Hay una relación de fecundidad recíproca entre fe y misión. Fe y misión se alimentan recíprocamente. Nuestras Iglesias, nuestras parroquias, nuestras comunidades, cuanto más se abandonan a Dios en la fe, más se convierten en misioneras; cuanto más viven de Dios, más lo transmiten a los hermanos; cuanto más son misioneras, más aumentan los frutos para la redención del mundo.

Les doy las gracias.